

# Poesía Chilena y Jaime Quezada

Por Julio Piñones Lizama.

En medio de tanto imprevisto vate, hay quienes ya han logrado una presencia señera en la limpia tradición lírica chilena. Uno de ellos es el poeta angelino Jaime Quezada. En torno a su trabajo hay un claro reconocimiento. Ha publicado un libro autobiográfico —más bien, autopoético— “¿Quién soy?”, 1978; “Poemas de las Cosas Olvidadas”, 1965; “Las Palabras del Fabulador”, 1968; y “Astrolabio”, 1976; “olor de cielo, olor de tierra”, como lo describe su propio au-

tor. Pero aunque no contamos con estas palabras suyas, quien lea los versos del poeta angelino no podrá dejar de sentir en ellos una profunda experiencia vital consagrada a través de una rigurosa escritura, que no pretende deslumbrar con exotismos; porque lo deslumbrante en ella es su natural transparencia. Ya lo dice el poeta cuando alude a la motivación literaria que anima su lírica: “Escribir para no sentirme tan solo, para encender mi fuego y cortar mi pan. De ahí que hablo de seres y de cosas. Seres y cosas

que están en mí, que crecen, que los toco a cada instante, reales, fantásticamente reales”. El poeta habita entre los hombres, sólo se ha alejado de los falsos dioses con temporáneos; sin embargo su actitud es elementalmente creadora: “Sólo llevo una tabla. Y cada día una tabla para construir la casa. La mía o la de cualquier hombre. Queremos que los hombres sean felices. Tengo ganas de decirlo de una vez, de golpe, con humildad de artesano: tímido me asomo al mundo de la creación. (Pasa a la última pág.)